

lijereza estimar de demasiado severo ese acto, sin conocimiento perfecto de las causas que lo motivaron.

Para acabar de desvanecer toda preocupacion, tambien debemos hacer notar, que fueron muchos mas los prisioneros europeos hechos á Miramon, cuyo hermano D. Joaquin, que fungía de general, igualmente sufrió la pena de muerte; pero caidos en poder de los republicanos despues de pasado el peligro de que Castillo atacase, fueron remitidos á Zacatecas y á San Luis Potosí, de donde espensados y en seguridad, pudieron marchar fuera de la República. Este hecho viene á ser otra prueba mas vigorosa y terminante, de que los fusilamientos en Tepetates, se debieron á una necesidad fatal que nunca podrá menoscabar el buen nombre de México, ni revocar en duda los sentimientos humanitarios y generosos de los caudillos de la revolucion. Antes y despues de este acontecimiento, numerosos prisioneros que hoy gozan de entera libertad, son el testimonio, mas cabal de que ni siquiera una estricta represalia guió el espíritu de los republicanos.

VIII.

Retirada de Castillo.—Enfermedad del General Guzman.—Queda con el mando de la 2.^a division el General Herrera y Gairó.—Derrota de éste y su muerte.
—Avance de los republicanos sobre Querétaro.—Los imperiales intentan batirlos, pero se replagan á la ciudad en cuyos suburbios presentan batalla.
—Se decide sitiarlos.—Razgo biográfico del General Escobedo.

Es lógico creer que la actividad de los soldados liberales, su disciplina y su vigoroso aliento, obraron muy eficazmente en el ánimo de los imperiales, puesto que Castillo sin el apoyo de las fuerzas de Miramon, emprendió su marcha retrógrada.

Habiamos indicado que por casos imprevistos, no se habian cumplido las prescripciones del general Escobedo para detener á Castillo en su avance hácia Zacatecas. En efec-

to, por dificultades sobrevenidas á causa de la grave enfermedad que en tan angustiados dias habia inutilizado al General Leon Guzman, fué preciso que el General Herrera y Cairo se encargase del mando de la Division destinada á perseguir al enemigo, ó á defender á San Luis; y ya sea porque este último Gefe no comprendiese bien la mente de Escobedo, ya porque se formase otro proyecto que le pareciese mejor para destruir á Castillo, el caso fué, que el General Rivera no le tomó la vanguardia, y que sabiéndose la derrota de Miramon, Herrera y Cairo tal vez supuso que desmoralizado el enemigo, podria con buen éxito atacarlo. Pero Castillo era militar decidido é inteligente, y al verse acometido en su retirada, procuró atraer las fuerzas republicanas á posiciones ventajosas que de antemano conocia y debia ocupar. Entonces el General Herrera figurándose quizá que la violenta retirada de Castillo era ya una fuga desordenada, pensó dar un golpe como el que Escobedo habia dado en San Jacinto. Dispúsose el ataque sobre la marcha, y el resultado fué que, ó bien por no haber secundado su plan los gefes que traia á sus órdenes, ó por falta de combinacion, ó acaso por impaciencia y extremo ardimiento, se arrojó personalmente á combatir al enemigo en sus ventajosas posiciones, y ese arrojó le costó la vida. Murió como valiente, pero desbarató con imprudencia los planes del General Escobedo, que llegó pocas horas despues sin poder ya dar alcance á Castillo y batirlo con todas las fuerzas reunidas; despues de lo que, como consecuencia inmediata, seguiria la ocupacion de Querétaro, donde Mejia con una corta guarnicion no podia sostenerse ni un momento.

Reparada un poco la moral de los imperiales con ese pa-

sajero triunfo que retardó las operaciones de los republicanos, pudo Castillo ordenar su marcha hácia la misma Ciudad de Querétaro, á la cual se dirijian ya fuerzas considerables; pues que, simultáneamente caminaban á reunirse en ella el General traidor Ramon Mendez que conducia de Morelia mas de tres mil soldados, y Maximiliano que salia de la Ciudad de México mandando personalmente cuatro mil hombres, segun el mismo afirmaba en comunicaciones que se le interceptaron; aunque al llegar á Querétaro el número habia disminuido considerablemente, á causa tal vez, de la vigorosa hostilidad que por espacio de veinticinco leguas esperimentó de parte del Coronel Fragoso, intrépido y audaz guerrillero.

Esto no obstante, y á favor de los esfuerzos de D. Tomas Mejia, y de otros gefes que desde el mes de Enero, sin cesar habian estado concentrando y reclutando tropas, el Archiduque pudo ver reunido un efectivo de doce mil hombres, poco mas ó menos, y preparar en Querétaro algunas obras de fortificacion.

El Supremo Gobierno habia previsto la necesidad urgentísima de no dar al enemigo mas tiempo para robustecerse, y con objeto de evitarlo tenia ya dispuesto, con bastante acierto, abrumar á los imperiales con las fuerzas disponibles de toda la República. Al efecto dictó sus órdenes al Ciudadano General Ramon Corona, para que desde Jalisco avanzase con el cuerpo de ejército de Occidente, y obrase en combinacion con el General Escobedo, nombrado ya General en gefe de todas las fuerzas que debian obrar sobre los imperiales. Igual prevencion se hizo á los Generales Riva Palacio y Régules, para que con el cuerpo de ejército

del Centro, acudiesen al punto que iba á ser el teatro de las operaciones.

El enemigo que contaba con Generales activos y entendidos, á su vez concibió el proyecto de tomar la ofensiva para no permitir la concentracion de los republicanos, que á su juicio pobria batir en detall, echando la mayor parte de su fuerza, primero sobre Corona y despues sobre Escobedo; pero la combinacion de estos dos Generales fué tan perfecta, y sus marchas tan precisas, que cuando los imperiales se disponian á batir á Corona en el camino de Apaseo, Escobedo se desprendia de Santa Rosa en línea paralela á la de Corona por el flanco derecho del enemigo, que desconcertado, se vió en la estrecha necesidad de retirarse á la plaza de Querétaro.

Desde aquel momento los imperiales se limitaron á la defensiva, pues aunque al apróximarse los ejércitos republicanos á una legua de la Ciudad, aquellos se les presentaron en batalla, habria sido notable imprudencia el aceptarla, cuando para todo evento tenian el inmediato refugio de la plaza, circundada ya de buenos reductos, y convenientemente artillada; por lo mismo Escobedo dispuso su ejército de manera que el enemigo no osase acometerlo, como en afecto no lo acometió.

Ademas, desde que los imperiales dieron á conocer que la Ciudad de Querétaro, fortificada como la tenian, sería la base de sus operaciones, la razon natural aconsejaba reducirlos por medio de un sitio, cuyo fin principal era, apresar allí reunidos á Maximiliano y á los principales cabecillas que todavia intentaban prolongar la guerra, ensangrentando al pais. No sucederia lo mismo en una batalla cam-

pal, en que aun cuando perdiesen, podian escapar fraccionándose, y hacer la lucha un poco mas difícil y duradera.

Los hechos vinieron á justificar que el plan del sitio era bueno, y aun el mismo gobierno insinuó alguna vez lo conveniente que sería no sacrificar nuevas vidas en ataques ó asaltos vigorosos, porque la naturaleza misma de las cosas, hacia obvio y general el pensamiento de que la Ciudad sucumbiria por el hambre, sin que cupiese duda en esto, pues ya se ha hecho axioma en el sistema militar que las plazas sitiadas capitulan ó se rinden necesariamente; y por otra parte no era de temerse que la de Querétaro recibiese auxilios eficaces por la parte de afuera, que obligase á los republicanos á levantar el campo.

La capital, que era el foco de los grandes recursos de los imperiales, casi estaba sitiada por innumerables guerrillas, y no podia sacarse de ella el gran número de fuerzas disciplinadas que se necesitaban para formar un ejército que poner frente á los sitiadores de Querétaro; no obstante que, como se verá mas adelante, los Generales de Maximiliano atrevidamente lo intentaron todo, sin mas éxito que el vencerse de su impotencia.

Aunque ligeramente y á grandes trazos, hemos dado ya idea de los ningunos elementos conque las fronteras del Norte de Tamaulipas, Nuevo-Leon y Coahuila contaban para formar, no ya un ejército, pero ni una guerrilla considerable. Sin embargo no era la primera vez que la abnegacion, el patriotismo y el valor suplían á todo, y como hemos visto, el núcleo de los grandes cuerpos conque se

triunfara en San Jacinto, habia sido de solo seis oficiales y dos gefes, que atravesando el Rio Bravo, confiaron toda su suerte al patriotismo de sus conciudadanos, á esa fé sincera y ardiente que acompaña á las grandes almas, y sobre todo á la justicia de una causa verdaderamente santa.

En la serie de acontecimientos que hasta aquí van relatados, debemos hacer notar que si bien el cuerpo de ejército del Norte, desprovisto de todo y débil en sus principios, experimentó algunos reveses, fueron de poca significacion, no importaron jamás una completa derrota, mientras que por el contrario, obtuvo frecuentes y espléndidos triunfos, que, como era natural, le dieron nombradía y creces.

Mayor habria sido su fama, si el General Escobedo envanecido con sus victorias hubiese querido ponderarlas, y prescindir como en lejanas épocas lo han hecho otros caudillos, de esa modestia y de esa austeridad republicanas, que ha querido sirvan de ejemplo á los soldados de la democracia. Pudiera muy bien haber imitado á los franceses ó á los traidores en sus pomposos partes, en que exageraban sus hechos para cobrar celebridad; pero Escobedo se habia hecho partidario de la verdad, porque comprendia muy bien que la falsedad y la impostura, lejos de favorecer á una causa y á un hombre, suelen llevarlos casi siempre al ridículo y á la perdicion.

Antes de entrar á referir el último acontecimiento grande, que dió por resultado la destruccion del llamado imperio, nos parece que no deja de tener interés un rasgo biográfico del prudente y activo General, que habiendo llegado por su vigoroso trabajo á ser uno de los campeones mas fuertes de la independenciam, mereció del Supremo Gobierno

la honrosa confianza de mandar en Gefe los ejércitos que habian de combatir con los Generales mas acreditados de Maximiliano, y con Maximiliano mismo.

El General Mariano Escobedo.

Nació en el pueblo de Galeana, Estado de Nuevo-Leon, el dia 12 de Enero de 1827 fueron sus padres el Sr. D. Manuel Escobedo y la Sra. D^a Rita de la Peña: tuvo cinco hermanos mayores que él, quienes recibieron su educacion en la ciudad de Monterey, capital del mismo Estado, con el esmero y amplitud propios de su buena fortuna hecha en el comercio y en la labranza, á cuyos ramos se dedicó Escobedo desde su primera juventud hasta la edad de veinticuatro años. Por la escelente posicion social de su familia, debia gozar y gozó de grandes consideraciones entre sus paisanos; pero ya fuese por organizacion ó por la libertad que tenia al lado de su honrada familia, su carácter se hizo inquieto y aun turbulento, y quizá la facilidad que tenia para disponer de dinero, lo empujaba en malas sendas.

Era alegre habitualmente; pero derrochador y un tanto pendenciero: gustaba de vencer largas distancias para asistir á una fiesta, y como su vigorosa naturaleza no se dañaba con las agitaciones de una vida irregular, naturalmente fué inclinándose á las aventuras arriesgadas y á los largos viajes, que hacian mas variados sus placeres. Por fortuna el amor que sus padres le inspiraron al trabajo, no le permiti-

tió descarriarse demasiado, y antes por el contrario, se dedicó al laborioso ramo de la arriería, en la cual se combinaban perfectamente, la actividad para conservar y aumentar sus intereses y su carácter alegre, inquieto y aventurero.

Así pasaba su juventud, cuando ocurrió la guerra entre México y los Estados-Unidos del Norte, que despertó vivamente en él sus sentimientos de patriotismo y sus dotes marciales.

Al invadir los americanos la frontera, en el acto se presentó Escobedo en calidad de soldado raso, marchando á muy pocos días bajo las órdenes del Comandante Martínez Salazar, hácia el rumbo de Sta. Rosa, en cuyo punto tuvieron un encuentro con una fuerza de caballería de los Estados-Unidos que mandaba el coronel Mey, á quien derrotaron. Despues se mantuvo con las armas en la mano haciendo diversas correrías, hasta que, con motivo del establecimiento de la paz entre las dos repúblicas, se retiró á su casa para entregarse de nuevo al trabajo.

Liberal por convicción, aborrecía el despotismo militar, y por esto en el año de 1855 en que el Estado de Nuevo-Leon adoptó el plan de Ayutla, entró de nuevo á la milicia, levantando una compañía, en su mismo pueblo de Galeana, de la que fué capitán. Se lanzó desde luego á la campaña, y con su corta fuerza persiguió al General Cruz que mandaba las armas en Coahuila: la persecución fué tan vigorosa que al fin sacó del Estado al General santanista.

Obtenida esta ventaja, se dirigió á Monterey para incorporarse á las fuerzas que allí mandaba D. Santiago Vidaurri, marchando con ellas sobre el Saltillo, donde fué derrotado el General Güitán. Allí Escobedo ascendió á Comandante

de Escuadron, con cuyo carácter acompañó al General Zuazua en la expedición que hizo á San Luis.

Al lado de este mismo General, batió en Morterillos á Parrodi que tenía doble fuerza, y en el movimiento que se hizo á Moctezuma, Escobedo quedó encargado con solo dos escuadrones, de entorpecer su marcha, para dar tiempo á la ocupación de San Luis. Así lo verificó, hasta que por orden de Zuazua dejó el paso libre á Parrodi, aunque hostilizándolo durante dos días en el largo camino de Moctezuma á Pozo de Luna.

Terminada por allí esa campaña, y disueltas las fuerzas, Escobedo volvió á la vida privada, pero con el encargo de dirigir á las tropas destinadas á pelear con los indios bárbaros, que eran el espanto y la destrucción de la Frontera. En este trabajo se hizo notable, pues que poniéndose á la cabeza de diversas secciones, derrotó muchas veces á los indios, siendo una de las más importantes batidas, la que les dió en San Antonio de los Alazanes, donde con cuarenta hombres derrotó á ciento veinte comanches, haciéndoles catorce muertos y dos prisioneros, cosa rara y muy difícil para quienes saben lo que son aquellas tribus bárbaras, y la manera con que hacen la guerra. Esta acción le valió el ascenso á Teniente coronel.

Por ese tiempo, 1856, continuando la guerra civil, el Coronel Aregullin, habia derrotado en Villagran al célebre Zayas, que volvió sobre Linares, donde las autoridades le dieron espontáneo auxilio; y Escobedo levantando en el acto una fuerza de cien hombres, se mantuvo allí en actitud respetable, hasta que nuevos refuerzos á Monterey avanzaron á Hidalgo y á Santa Engracia, en cuyo punto se